

ESTADO DE LA CUESTIÓN

NACIONALISMO ESPAÑOL Y CULTURAS POLÍTICAS. EL COMIENZO DE UNA BUENA AMISTAD*

XAVIER ANDREU MIRALLES

xavier.andreu@uv.es

(Recepción: 01/12/2014; Revisión: 07/05/2015; Aceptación: 02/06/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. NARRAR LA NACIÓN: ENTRE CULTURA Y POLÍTICA.—2. LA CULTURA POLÍTICA EN EL ESTUDIO DE LAS IDENTIDADES NACIONALES.—3. NACIÓN ESPAÑOLA Y CULTURAS POLÍTICAS.—4. CONCLUSIONES.—5. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

En las últimas décadas, la nueva historia cultural ha ido abriendo espacios desde los que iluminar zonas del pasado poco exploradas anteriormente y desde los que replantear en su conjunto nuestra comprensión de los grandes procesos históricos. Una renovación que ha resultado particularmente evidente en algunos de los ámbitos que más han centrado últimamente la atención de los especialistas: el del estudio de los procesos de construcción nacional y el de la historia cultural de la política. En la historiografía española, el debate sobre la «nación» ha ocupado en los últimos años cientos de páginas, tantas como las que se han dedicado a la incorporación de conceptos como el de «cultura política». Sin embargo, solo hasta hace bien poco unos y otros estudiosos han empezado a cruzar sus caminos. En este texto repaso brevemente algunos de los últimos desarrollos teóricos en el estudio de las naciones y de los nacionalismos, posteriormente sitúo los debates que ha suscitado el concepto de «cultura política» en España, y, por último, señalo de qué modos puede ser útil dicho concepto (o lo está siendo) para el estudio del nacionalismo español.

Palabras clave: nacionalismo español; culturas políticas; historiografía; historia cultural.

(*) El autor participa del proyecto HAR 2014-53042-P.

SPANISH NATIONALISM AND POLITICAL CULTURES. THE BEGINNING OF A BEAUTIFUL FRIENDSHIP

ABSTRACT

In recent decades, the New Cultural History has raised new questions about the past and has contributed decisively to improve our understanding of main historical processes. The renovation has been specially important in two fields: the study of nations and nationalism, and the cultural history of politics. In Spain, many specialists have worked in the study of Spanish nationalism; at the same time, many others have analyzed the formation of modern Spanish «political cultures». Nevertheless, they have not crossed their ways until now. In this article, I explain briefly the most recent theoretical trends on the study of nations and nationalisms; after that, I summarize the debates aroused by the concept of «political culture» in Spanish historiography; finally, I point out how this concept could be useful for the study of Spanish nationalism.

Key words: Spanish nationalism; political cultures; historiography; cultural history.

* * *

En las últimas décadas, la nueva historia cultural ha ido abriendo espacios desde los que iluminar zonas del pasado poco exploradas anteriormente y desde los que replantear en su conjunto nuestra comprensión de los grandes procesos históricos. Una renovación que ha resultado particularmente evidente en algunos de los ámbitos que más han centrado últimamente la atención de los especialistas: el del estudio de los procesos de construcción nacional y el de la historia cultural de la política. En la historiografía española, el debate sobre la «nación» ha ocupado en los últimos años cientos de páginas, tantas como las que se han dedicado a la incorporación de conceptos como el de «cultura política». Sin embargo, solo hasta hace bien poco unos y otros estudiosos han empezado a cruzar sus caminos. En las páginas que siguen, repasaré brevemente algunos de los últimos desarrollos teóricos en el estudio de las naciones y de los nacionalismos, los debates que ha suscitado el concepto de «cultura política» en España, y de qué modos puede ser útil dicho concepto (o lo está siendo) para el estudio del nacionalismo español.

1. NARRAR LA NACIÓN: ENTRE CULTURA Y POLÍTICA

La disciplina histórica tiene en la nación una de sus denominaciones de origen, aunque no siempre se haya preguntado históricamente por ella. Para los historiadores ha sido una presencia recurrente, a veces imperceptible, incluso

cuando la reputación del nacionalismo pasaba por sus horas más bajas (1). Hace unas décadas, su historia y sus orígenes pasaron repentinamente a ocupar un lugar destacado en las preocupaciones de las ciencias sociales. Se descartó su origen primordial y se vinculó por el contrario con la llegada de la «modernidad» occidental (entendida de formas diversas); se desarrollaron las categorías analíticas que Hans Kohn había formulado anteriormente para distinguir nacionalismos cívico-políticos (occidentales) y nacionalismos étnico-culturales (orientales); y, en general, se identificó a las naciones con el pasado, se afirmó que su muerte era inevitable e incluso se señaló quién sería el asesino: el tiempo.

Los intensos debates que mantuvieron en los años sesenta y setenta entre otros Elie Kedourie, Karl Deutsch, Ernst Gellner, Miroslav Hroch o Anthony Smith renovaron profundamente nuestro conocimiento de cómo y por qué surgieron las naciones y sirvieron para fijar una conclusión que desde entonces sigue siendo hegemónica: las naciones no son entidades esenciales, sino formas humanas de relación social «modernas» (aunque los especialistas disputan sobre dónde empieza la «modernidad»). En los años ochenta el debate se amplió y, como ocurría en todas las ciencias sociales en su conjunto, la cultura pasó al primer plano. Eric Hobsbawm o Benedict Anderson afirmaron con contundencia que las naciones debían entenderse como artefactos culturales «inventados» o «imaginados», lo que, no obstante, no las hacía menos «reales». El debate se centró entonces en si lo eran *ex nihilo* o si, como afirmaba Anthony Smith, rerozaban memorias, mitos y materiales culturales étnicos previos (2).

En las dos últimas décadas el litigio entre «modernistas» y «etnosimbolistas» se ha mantenido vivo, pero se ha producido también una eclosión de nuevos interrogantes y perspectivas que han abierto terrenos hasta ahora inexplorados. Las propuestas más innovadoras han procedido de una corriente heterogénea que recibe el nombre de «constructivismo» y que parte del radical convencimiento de que las naciones no solo son construidas, sino que necesitan de una labor continua de recreación y mantenimiento para no venirse abajo. A diferencia de los «modernistas», Homi Bhabha, Michael Billig, Rogers Brubaker, Ümut Ozkirimli o Craig Calhoun parten de que la construcción nacional es siempre un proceso abierto: no puede darse nunca por cerrada. Otro rasgo que caracteriza a muchos de ellos es que subrayan el papel de los sujetos históricos y de las prácticas cotidianas en la producción y reproducción de las identidades nacionales. Asimismo, consideran que «modernistas» o «etnosimbolistas» no problematizan suficientemente nociones tales como «identidad», «etnicidad» o «nación», con lo que el esencialismo sigue colándoseles por la puerta de atrás.

Autores como Partha Chatterjee, Anne McClintock o Nira Yuval-Davis se centran menos en la lógica «unificadora» del discurso nacionalista (como tien-

(1) BERGER (2005).

(2) ÖZKIRIMLI (2010).

den a hacer los «modernistas») y enfatizan más las diferencias y conflictos que se producen en el seno de la comunidad nacional. En este sentido, recuerdan que la nación es una categoría que debe comprenderse en su articulación con otras categorías: el género, la raza, la clase, etc. Por último, Calhoun u Özkirimli estiman que no es posible (ni quizás eficaz) establecer un gran paradigma teórico universal para entender el nacionalismo. Lo consideran un fenómeno poliédrico que sirve para demasiadas cosas como para aprehenderlo desde una única variable explicativa. Para Calhoun, el nacionalismo se explica mejor entendiéndolo como una determinada forma de pensar y de hablar del mundo que es adaptada en cada contexto concreto (3).

Estos autores consideran que la «nación» es fundamentalmente un símbolo o una categoría, de cuyos efectos legitimadores tratan de apropiarse los diversos actores históricos al intentar fijar su significado. Lo cual no es lo mismo que decir que es pura «invención», o que es ajena a la realidad. Más bien lo contrario: en buena medida, en la contemporaneidad, ha sido bajo el prisma de la nación como se ha leído, transformado y organizado el mundo. En este sentido, Calhoun propone entender el nacionalismo en tanto que «formación discursiva». El nacionalismo es para este autor una retórica o una manera de ver, pensar y hablar sobre el mundo, de estructurar y dar sentido a la realidad, que crea la nación a través de sus afirmaciones y que confía en ellas para generar una identidad colectiva y para movilizar a la población en proyectos colectivos (4). Un «discurso» que, como advierte Özkirimli siguiendo a Joan Scott, no refiere únicamente a las ideas, sino también a las instituciones y a las estructuras, a las prácticas diarias y a las costumbres constitutivas del mundo social: el discurso nacionalista no es así *previo* a la organización social, sino *inseparable* de ella. En este sentido, el nacionalismo se entiende como un discurso de poder, que pugna por establecer su hegemonía (y, una vez conseguida, por naturalizarla en la vida cotidiana de los individuos) y que no se produce sobre el vacío, sino en un contexto social que también lo condiciona (5).

El discurso nacionalista permite articular una identidad mediante la cual los sujetos históricos pueden pensarse y actuar, en un contexto determinado, como sujetos nacionales. La identidad nacional, entendida en estos términos, es desencializada: no se trata solo de reconocer el carácter construido de las identidades (así como fluido, fragmentario e inestable), sino de entender que estas se articulan en cada momento en la interacción entre el discurso y la acción. Se trata de pensarlas como «procesos» y no como «condiciones». Más que «ser», las identidades «ocurren» (6). Asimismo, como destacan entre otros Margaret

(3) BHABHA (2010); BILLIG (2006); BRUBAKER (1996); ÖZKIRIMLI (2010); CALHOUN (2008). Una visión de conjunto en DAY y THOMPSON (2004): 84-107.

(4) CALHOUN (2008): 13-22.

(5) ÖZKIRIMLI (2010): 207-208.

(6) HALL (1996); SCOTT (2006); BRUBAKER y COOPER (2000). Estos dos últimos autores consideran que dados la ubicuidad, el uso extensivo y la multitud de significados que se han

Sommers y Gloria Gibson, para entender su constitución debemos tener en cuenta su carácter narrativo. Es a través de las narrativas sociales existentes en un contexto histórico determinado como se constituyen los sujetos, que insertan y construyen sus identidades en relación con ellas (7). De este modo funcionan también los discursos nacionalistas, que buscan la identificación de quienes son interpelados como miembros de la nación estableciendo sus propias narrativas nacionales como hegemónicas (8). En este sentido, la literatura (y, en general, los géneros narrativos, como la historia) desempeñan un destacado papel en la forja de las naciones. Nación es narración, como afirman Homi Bhabha o Stefan Berger (9), y como estaba implícito en la conceptualización que hizo Benedict Anderson de las naciones como «comunidades imaginadas». Este autor otorgó un peso específico a los relatos nacionales en la subjetivación de la nación por parte de los individuos (10). Es a través de estos relatos como los sujetos pueden imaginarse en tanto que partícipes de una determinada «comunidad nacional» ubicada en el espacio y en el tiempo. Son ellos los encargados de crear la ficción de la proximidad y la permanencia, de presentar aquello que une la nación (supuestamente homogénea) del presente con la del pasado, y de proyectarla hacia el futuro.

A su vez, el discurso nacionalista posee una serie de rasgos distintivos que lo diferencian de otras formaciones discursivas. En primer lugar, divide el mundo en comunidades culturales de ascendencia (naciones) que son pensadas como unidades integrales (indivisibles) en y desde una concepción lineal del tiempo. En segundo lugar, otorga a éstas la centralidad política, en tanto que la nación exige de sus miembros la máxima lealtad y compromiso cívico, y en tanto que deviene el origen último de la legitimidad (tanto social como política) y, por tanto, de la soberanía. En este sentido, el discurso nacionalista articula una noción «ascendente» de la legitimidad (por ejemplo, mediante la idea de que el gobierno es justo si cuenta con el apoyo de la voluntad popular o si, como mínimo, sirve a los intereses del ‘pueblo’ o de la ‘nación’). Por último, se destaca su fijación por el territorio. El nacionalismo construye un «espacio nacional», de ahí su obsesión por los límites fronterizos o por la búsqueda incesante

otorgado al mismo concepto de «identidad» (que, además, sigue asociado a un determinado sentido de «continuidad»), sería preferible sustituirlo por otros más ajustados a lo que quiere decirse con él en cada momento. Proponen en su lugar, por ejemplo y entre otros, el concepto de «identificación», que carece de las connotaciones reificadoras de «identidad», implica preguntarse por los agentes que se identifican con una categoría o una narrativa determinadas sin pensarlos necesariamente de forma homogénea y se asocia a un proceso siempre contextual y situacional. En este texto, aunque he optado por mantener el concepto de «identidad», pues es el que se ha utilizado en el debate historiográfico español sobre las naciones y los nacionalismos, lo utilizo en este sentido.

(7) SOMMERS y GIBSON (1994); JOYCE (1996).

(8) BHABHA (2010).

(9) BHABHA (2010); BERGER (2008).

(10) ANDERSON (2005). Una revisión crítica de sus reflexiones sobre novela y nación en CULLER y CHEAH (2003).

de un «hogar» (real o imaginado) (11). Así pues, lo que distingue al nacionalismo de otras formaciones discursivas es la vinculación que establece entre identidad cultural, soberanía política, espacio y tiempo.

2. LA CULTURA POLÍTICA EN EL ESTUDIO DE LAS IDENTIDADES NACIONALES

Si tenemos en cuenta lo apuntado anteriormente, no resulta extraño que en la construcción nacional cumplieran un papel tan destacado historiadores, artistas, literatos o, posteriormente, los modernos medios de comunicación de masas (12); ni que lo sigan haciendo. Tampoco que los diversos actores políticos pugnen en la esfera pública por establecer y naturalizar su propia versión de la narrativa nacional (y, con ella, de la nación y de las identidades nacionales). Es en este punto en el que el concepto de «cultura política» puede resultar especialmente útil para el análisis de la cuestión nacional.

Desde los años ochenta, François Furet, Mona Ozouf, Keith M. Baker y otros recuperaron y renovaron este concepto (utilizado inicialmente por la ciencia política norteamericana vinculada a la teoría de la modernización) para plantear una interpretación alternativa de los orígenes de la Revolución francesa. Frente a la explicación marxista o social dominante, estos autores reivindicaban, en primer lugar, la «autonomía» de la política y de la cultura, así como una ampliación de «lo político». Esta nueva comprensión de «lo político» (que no estaría determinada por el contexto social, sino que estaría siendo constantemente definida por los protagonistas a través de los lenguajes políticos disponibles) implicaba atender a la cultura y a los significados. Las prácticas sociales y los discursos políticos pasaron a ser estudiados, en relación también con el más amplio «giro cultural» que vivía la disciplina histórica en aquellos años, desde su dimensión simbólica (13).

Así pues, el concepto de cultura política permitió reflexionar sobre el modo en que la política se conforma de forma lingüísticamente mediada en la esfera pública, a través de los lenguajes y las narrativas disponibles en un contexto cultural concreto. Como destaca Keith M. Baker, racionalidad, interés social o interés político no son previos a su articulación desde el lenguaje. En opinión de este autor, «lo político» es el espacio en el que los individuos y grupos de una sociedad determinada articulan, negocian e implementan sus demandas respectivas. La cultura política no sería sino el conjunto de discursos o prácticas

(11) Planteo aquí una síntesis de las propuestas de CALHOUN (2008): 17-18, y ÖZKIRIMLI (2010): 208-209. Alberto M. Banti ha destacado a su vez otro elemento central en el discurso nacionalista: su capacidad para articularse como lenguaje de los afectos y las emociones, BANTI (2011): v-ix.

(12) BERGER, ERIKSONAS y MYCOCK (2008).

(13) FURET (1980); FURET y OZOUF (1989); BAKER (1994); ROSANVALLON (2003). Un interesante recorrido por el giro historiográfico de las últimas décadas, en ELEY (2008).

simbólicas mediante las cuales se realizan esas demandas: las condiciones lingüísticas que permiten formularlas, ser entendidas y también arbitrarlas. Desde este punto de vista, la autoridad política es cuestión de autoridad lingüística, y el cambio político sólo es posible en tanto que transformación del propio discurso mediante el que se realizan dichas demandas (14).

La propuesta de Baker ha sido discutida, fundamentalmente, en dos sentidos. Por un lado, se le ha criticado que niega la existencia de una realidad objetiva, exterior al lenguaje (15). A esta crítica, el autor norteamericano ha respondido que parte de una rígida distinción entre «lo social» y «lo discursivo» que no tiene en cuenta ni el carácter semiótico de todas las prácticas sociales, ni la materialidad del lenguaje (los discursos se formulan y discuten en contextos «materiales» determinados, que también los condicionan) (16). En segundo lugar, se ha advertido que para Baker la cultura política constriñe tanto la capacidad de acción de los sujetos históricos que llega casi a anularla. En su propuesta, la cultura política parece funcionar en última instancia como una matriz conceptual desde la que una sociedad determinada piensa y ordena el mundo, desde la que se articulan las identidades y de la que derivan todas las «subculturas políticas» (que son capaces de entenderse entre sí precisamente por participar de esa misma matriz conceptual) (17). Baker se ha defendido alegando que, aunque los agentes humanos operan desde un lenguaje que les condiciona (pues es a partir de él como construyen su propia posición como sujetos), actúan también sobre dicho lenguaje, explotando sus posibilidades y ampliando el juego de sus significados. Además, siguiendo a Pocock, plantea que nunca existe un único juego de lenguaje, sino diversos, que se solapan y se combinan de forma creativa (18).

Con todo, es cierto que en la teorización de Baker la capacidad de acción política de los individuos resulta limitada. En este sentido, debe recordarse que las culturas políticas no son entidades inmutables ni estancas, sino que se transforman constantemente como resultado de las luchas políticas que se producen

(14) BAKER (2006). Sobre el concepto de «cultura política», en sus diversas acepciones, véanse DE DIEGO (2006); SAZ (2008a); PÉREZ LEDESMA y SIERRA (2010).

(15) CHARTIER (1994).

(16) BAKER (2006): 106 y ss. Este autor, siguiendo a Sewell, no renuncia tampoco a una historia compleja de «lo social» que, a partir de lo avanzado por el «giro lingüístico», integre en el análisis las prácticas semióticas no lingüísticas y los «entornos construidos» (es decir, que no olvide su materialidad). Véase, a este respecto, SEWELL (2005): 318-372.

(17) Algunos autores critican también que en la propuesta de Baker no se defina propiamente qué se entiende por «sociedad», ni por qué los límites de una determinada «cultura política» deberían coincidir con ella, con lo que parece reificar las «naciones» en tanto que marcos naturales de las «culturas políticas»; PRO (2010). Asimismo, en los últimos años se viene destacando la dimensión transnacional de estas últimas, aunque, como señala Juan Luis Simal, reconocer dicha dimensión no debe hacernos olvidar el peso que lo «nacional» tuvo para ellas desde los inicios de la época contemporánea; SIMAL (2014).

(18) BAKER (2006): 96; POCOCK (1971) y (1995).

en un doble campo de batalla: el que se establece respecto a otras culturas políticas frente a las que intentan alcanzar la hegemonía y el derivado de su propia heterogeneidad interna. Las culturas políticas no son espacios de significado y acción plenamente integrados, coherentes y delimitados que se imponen como una losa sobre quienes participan de ellas. Como recuerda Isabel Burdiel, si bien suponen «una tradición articulada de símbolos y elementos discursivos estables, consensuados y resistentes al cambio, ninguno de ellos tiene existencia al margen de las prácticas (y los usos del lenguaje) de los individuos que en ellas se reconocen, las ponen en juego, las reproducen, pero también las transforman» (19).

Para subrayar el carácter múltiple de la(s) cultura(s) política(s) y la capacidad de acción de los sujetos, algunos historiadores de la política, como Serge Berstein o Jean-François Sirinelli, prefieren utilizar el concepto de otra forma. Para estos autores, las culturas políticas serían los imaginarios, prácticas, representaciones y marcos simbólicos que permiten explicar las conductas e identidades políticas de los individuos en contextos históricos e institucionales concretos, en los que siempre coinciden, se solapan y pugnan entre sí diversas culturas políticas (20). Es decir, Berstein y Sirinelli remarcan su pluralidad y las vinculan al proceso de construcción de las «identidades políticas». El concepto ayudaría a entender, en este sentido, la diversidad de conductas y acciones políticas de los sujetos históricos: ¿por qué, en una misma sociedad y respecto a un mismo problema, individuos que comparten un mismo lenguaje (el de la democracia representativa, por ejemplo) optan por diferentes opciones políticas?

En cualquier caso, lo que me interesa exponer seguidamente es hasta qué punto toda esta rica reflexión que se ha llevado a cabo respecto al concepto de cultura política puede ser útil (o lo ha sido) en el estudio de las naciones y de los nacionalismos. Al fin y al cabo, estos últimos son fenómenos fundamentalmente culturales y políticos. El nacionalismo, en tanto que formación discursiva, es una forma de hablar sobre y de organizar el mundo que, desde el siglo XIX, se convirtió en una especie de umbral necesario y compartido por todos los actores políticos. En este sentido, puede ser provechoso reflexionar sobre él desde el concepto de «cultura política» tal y como lo entiende Baker. Por su parte, los discursos nacionalistas son siempre diversos y pugnan en la esfera pública por imponer y naturalizar una determinada forma de narrar la nación (y, por tanto,

(19) BURDIEL (2014): 60. Una propuesta interesante de utilización del concepto de «cultura política» en un sentido «híbrido» (es decir, que combina aspectos de los conceptos de Baker y Berstein/Sirinelli) que enfatiza la capacidad de acción de los sujetos históricos, en SIERRA (2010).

(20) BERSTEIN (2008). La crítica a estos planteamientos, que no problematizan la relación entre «realidad social» y «representación cultural», en CABRERA (2010): 31-58. A partir de Sewell, podríamos decir que debemos tener en cuenta las dinámicas económicas, sociales e institucionales que forman parte también de las culturas políticas, pero sin considerarlas al margen de los procesos mediante los cuales son significadas; SEWELL (2005).

de entender la identidad política) que, no obstante, es siempre contestada por otras maneras de entenderla o por otros discursos nacionalistas. En este segundo sentido, el debate teórico sobre el carácter múltiple y abierto de las culturas políticas tal y como las entienden Berstein y Sirinelli, o sobre su utilidad para explicar la formación de identidades políticas y la acción de los sujetos históricos, puede resultar también interesante. Para evitar la confusión terminológica, puede ser operativo utilizar el concepto de «cultura política» para hacer referencia a esto último y el de «matriz conceptual» para denotar el planteamiento de Baker (21). De este modo, es más fácil entender las culturas políticas como siempre diversas y cambiantes, como lo son los lenguajes políticos disponibles en cada contexto concreto y el mundo social que significan; pero también la importancia de conocer los marcos conceptuales comunes (aunque también sujetos al cambio) en los que aquellas se inscriben.

El concepto de «cultura política», en sus diversas acepciones, resulta especialmente útil para el estudio del nacionalismo en, al menos, cuatro sentidos. En primer lugar, permite replantear el debate sobre la aparición del nacionalismo al entenderlo como matriz conceptual e interpretativa que se habría impuesto en la contemporaneidad como forma hegemónica (y naturalizada) de entender y ordenar el mundo y cuyo lenguaje acabaría impregnando las diversas culturas políticas (22). Esto nos ayuda a entender la relevancia que para estas tuvo la nación en su forma de interpretar la sociedad (como también el tiempo o el espacio) y de legitimar política y socialmente su transformación.

Asimismo, y en relación con lo anterior, el concepto de cultura política nos ayuda a analizar de forma contextual y situacional el proceso mediante el cual los diversos actores históricos se disputaron el significado de la nación. Aunque las culturas políticas contemporáneas partían de una visión del mundo como entramado de naciones, la manera de entender cómo eran o debían ser estas naciones difería sustancialmente entre ellas. La obsesiva disputa sobre la «correcta» interpretación del pasado de la nación o sobre quiénes eran o debían ser sus verdaderos representantes es buena prueba de ello. En algunas de estas culturas políticas la nación ocupó un lugar tan destacado que, aunque el nacionalismo (en tanto que formación discursiva) es común a todas ellas, algunas han podido ser identificadas como propiamente «nacionalistas» (23).

En tercer lugar, las culturas políticas construyen identidad nacional al ofrecer a los individuos un marco interpretativo y una narrativa social en los que situarse y pensarse a sí mismos y desde los que pueden actuar como sujetos

(21) En buena medida, esta confusión se deriva de los diversos usos del término «cultura» implícitos en las propuestas de unos y otros autores; véase sobre este concepto, SEWELL (2005): 152-174.

(22) Un acercamiento al nacionalismo desde esta perspectiva en CALHOUN (2008). Es interesante en esta línea el ensayo de José Luis Palti, más deudor, eso sí, de Michel Foucault y de la historia conceptual de Reinhart Koselleck, PALTÍ (2003).

(23) Una reflexión en este sentido en SAZ (2008a).

nacionales. Esto no implica que esta identidad sea para estos estable o definitiva, ni que tenga que ser necesariamente central a la hora de definir su acción política. La cultura política, entendida no como algo coherente e integrado, sino como espacio marcado intrínsecamente por el conflicto interno, nos permite rescatar la capacidad de los sujetos para transformarla (y, por tanto, para cambiar también su propia posición como tales). Con todo, el estudio de las culturas políticas nos permite analizar también los procesos de nacionalización.

Por último, y siguiendo a Brubaker, las naciones funcionan como «categorías» que están siendo continuamente reelaboradas por los actores históricos que las invocan y en torno a las cuales es posible articular una acción colectiva o configurar un sentido común (24). Lo que no quiere decir que las naciones no tengan efectos y consecuencias muy reales. Más bien al contrario. En su nombre se legitima la acción política y el cambio social y se intenta movilizar o conseguir el asentimiento de quienes son interpelados como sujetos nacionales. El estudio de las culturas políticas puede ayudarnos a entender precisamente de qué modo es utilizada la nación como categoría en cada contexto concreto y de qué manera es capaz o no de conseguir las identificaciones necesarias para mover a la acción política.

3. NACIÓN ESPAÑOLA Y CULTURAS POLÍTICAS

En España, las aproximaciones desde la historia política a la cuestión nacional son anteriores a la utilización del concepto de cultura política (en sus diversas variantes), si bien este ha servido para renovar profundamente sus aportaciones. El interés por la «idea» de nación en la historia política más clásica viene de hace mucho y nos ha permitido conocer de qué modo fue concebida por los diversos actores políticos «tradicionales» (grandes pensadores o protagonistas destacados del mundo político, partidos o instituciones políticas), así como el lugar que ocupaba esta en las diversas tradiciones políticas (25). Los principales problemas de este enfoque teórico son los que subrayó en su momento la «escuela de Cambridge»: en primer lugar, las «ideas» son solo realmente comprensibles dentro del contexto en el que son articuladas y enunciadas; en segundo lugar, al estudiar de qué modo pensó la «nación» un autor determinado a lo largo de su obra (o cómo era concebida por una determinada tradición política), corremos el riesgo de dar coherencia retrospectiva a algo que

(24) BRUBAKER (1996): 1-22.

(25) Fueron pioneros, por ejemplo, los trabajos de Andrés de Blas sobre la idea de nación en la tradición liberal y republicana española. En los últimos años esta perspectiva se ha mantenido viva, por ejemplo, en GONZÁLEZ CUEVAS (2003); DE BLAS y GONZÁLEZ CUEVAS (2006); así como en buena parte de las contribuciones del volumen dirigido por MORALES, FUSI y DE BLAS (2013).

no la tenía (26). El concepto de «cultura política» permite esquivar estos problemas.

En España, la categoría de «cultura política» se introdujo en los términos más clásicos propuestos por Gabriel Almond y Sidney Verba en el contexto de la transición política a la democracia, cuando se hacía urgente discurrir sobre el alcance de la «cultura cívica» de los españoles (27). En los años noventa, algunos historiadores españoles incorporaron las propuestas de Furet o Baker, en especial, su conceptualización de «lo político» y su llamamiento a estudiar los discursos políticos en tanto que generadores de significados (28). Con todo, para los historiadores españoles de la política ha pesado quizá más el planteamiento de Berstein y Sirinelli, menos preocupados por el papel que juega el lenguaje en la constitución de lo social y de lo político.

Utilizada en uno u otro sentido, la noción de «cultura política» ha sido clave en la mejor comprensión del primer constitucionalismo, de las diversas variantes liberales y republicanas, del carlismo o de las diversas culturas políticas autoritarias del siglo XX, por ejemplo. Ha posibilitado entender de qué manera se articulan lo cultural y lo político, y ha situado en un primer plano el análisis de las representaciones del mundo, de los discursos políticos y de las prácticas simbólicas y de sociabilidad política (yendo más allá del análisis de los partidos, sus líderes, sus programas y sus estructuras). Con todo, hay que señalar que ha predominado el análisis del discurso sobre otras consideraciones, aunque se han realizado importantes estudios sobre las formas de sociabilidad o sobre las prácticas simbólicas (fiestas, conmemoraciones...). En los últimos años, de hecho, el uso del concepto de cultura política se ha multiplicado (29). Lo que me interesa analizar aquí es hasta qué punto ha sido produc-

(26) SKINNER (1969). Una síntesis de estos debates teóricos y de los que les siguieron, en PALTI (1998). Por su parte, desde la historia de los intelectuales, que ha vivido una profunda renovación en las últimas décadas, se han realizado también importantes aportaciones al debate, en particular respecto al regeneracionismo y las primeras décadas del siglo XX. Véanse, entre otros, JULIÁ (2004); STORM (2001); SÁNCHEZ ILLÁN (2002). En los últimos años, además, se ha enmarcado el mundo intelectual español del cambio de siglo en su contexto internacional y se ha puesto de relieve no solo su «preocupación nacional» (nada excepcional desde una perspectiva comparada) sino su relación con el surgimiento de nuevos nacionalismos, SAZ (2003) y (2008b); UCELAY (2003); FUENTES (2009).

(27) CAPISTEGUI (2004).

(28) Esta perspectiva estaba implícita en, por ejemplo, ROMEO y BURDIÉL (1998). La introducción del concepto de «cultura política» estuvo vinculada a la profunda renovación que vivió la historia política española en aquellos años tras la incorporación de las perspectivas culturales; véase, a título de ejemplo paradigmático, CRUZ y PÉREZ LEDESMA (1997). En el estudio del nacionalismo español, José Álvarez Junco fue ampliamente deudor también de estas nuevas perspectivas culturales en los diversos trabajos que publicó a lo largo de los años noventa y que acabaría reuniendo y ampliando en su *Mater dolorosa*, ÁLVAREZ JUNCO (2001).

(29) Hasta el punto de convertirse en una especie de talismán que dota a quien lo invoca de un aura de «modernidad», aunque no clarifique muy bien a qué alude con él o practique, en el fondo, una historia política más bien tradicional; SAZ (2008a): 221-225.

tivo o puede serlo en el estudio del nacionalismo español. Para hacerlo, me centraré en los cuatro aspectos en los que nación y cultura política confluyen y que he relacionado anteriormente, aunque, lógicamente, se trata de una categorización simplemente analítica.

El estudio del nacionalismo como matriz conceptual compartida por los diversos actores históricos de la España contemporánea está aún por hacer. Lo que más se asemeja a una aproximación de este tipo es el trabajo de José María Portillo sobre los orígenes de una cultura constitucional en la España de las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX. Incorporando los planteamientos de los estudios que renovaron nuestro conocimiento de la Revolución francesa (aunque no explícitamente el concepto de «cultura política»), Portillo sostiene que el peso de la religión en la cultura española prerrevolucionaria fue decisivo en el triunfo de un nuevo orden político organizado en torno a la «nación católica», cuya influencia se dejaría notar en el proceso revolucionario (al sentar las bases del debate entre los diversos actores políticos y al marcar los límites de lo posible en la redacción, por ejemplo, de los artículos relacionados con los derechos individuales o con la confesionalidad católica de España). Este «poso católico» marcaría también a la cultura liberal posterior sobre la que se extendería (30).

Aunque la propuesta de Portillo ha sido ampliamente discutida, en especial los efectos que tuvo o no el peso de la cultura católica para el desarrollo de un liberalismo moderno, creo que no se ha subrayado suficientemente un elemento que está también muy presente en su obra: que a partir de 1812 la «nación» se convirtió para las diversas culturas políticas españolas en la categoría clave desde la que pensar y ordenar el mundo. María Sierra ha señalado, por su parte, que la tradición legislativa nacional (y, por tanto, la nación) fue aceptada por todos los actores políticos de la España liberal como marco de referencia (31). En este mismo sentido, aunque con voluntad más generalizadora, ha argumentado también Ignacio Peiró, para quien durante el siglo XIX se formó una *cultura nacional* que funcionó como «categoría matriz y umbral necesario para entender los desencuentros y escapatorias, principios de unanimidad y distorsiones de todo tipo que tuvieron como escenario lo español y la idea de España». Una afirmación que no impide a este autor recordar que las formas de pensar esa nación fueron plurales y diversas (32).

El uso predominante que han hecho los historiadores españoles del concepto de «cultura política» ha sido el que lo vincula con la articulación de la pluralidad de propuestas políticas existentes en toda sociedad. Respecto a la

(30) PORTILLO (2000). Posteriormente ha hecho referencia a la existencia de una «cultura político-religiosa» como marca característica del primer liberalismo español en PORTILLO (2007). Sobre la discusión de estas tesis, véanse especialmente ROMEO (2011a) y QUIJADA (2008).

(31) SIERRA (2014).

(32) PEIRÓ (2010). También Ismael Saz ha señalado que el nacionalismo sería transversal a todas las culturas políticas; SAZ (2010).

nación, se ha constatado la importancia de la misma para las diversas culturas políticas españolas de la edad contemporánea, incluidas aquellas que hasta hace poco se consideraban ajenas a ella. Por ejemplo, las vinculadas con las diversas variantes del antiliberalismo decimonónico, consideradas tradicionalmente contrarias a la nación. Los últimos estudios vienen a discutir esta afirmación, subrayando el carácter «moderno» de las corrientes antiliberales decimonónicas (que no serían simples pervivencias del Antiguo Régimen) y señalando que hicieron suya y vehicularon una determinada concepción de la nación como fuente de legitimidad política desde los mismos inicios de la edad contemporánea (33).

En el otro extremo del espectro político, durante años se consideró que las culturas políticas vinculadas con el movimiento obrero, fundamentalmente el socialismo y el anarquismo, no solo se habrían mantenido al margen de la nación, sino que la habrían combatido en nombre del internacionalismo. Para todas ellas la nación no habría sido sino una herramienta más de la burguesía para apartar a las clases trabajadoras de su verdadero objetivo, la revolución social. Sin embargo, los últimos estudios vienen también a matizar estos supuestos. Las culturas políticas vinculadas al obrerismo no renunciaron nunca a la nación como marco simbólico y territorial de organización del mundo (el internacionalismo, en este sentido, no sería sino una manera diferente de entender un mundo de pueblos-naciones), como demostrarían sus propias estructuras organizativas (34). Los últimos trabajos vienen a confirmar que todo el socialismo europeo (también el español), hizo de la lucha política nacional un principio fundamental y buscó identificarse con la nación para movilizar a sus seguidores y para legitimar su actuación política (35). Por su parte, los estudios de Pilar Salomón han demostrado la función que ejerció la nación en la cultura política del anarquismo español, deudora de la tradición republicana (36). Todo ello explicaría, por otra parte, la gran eclosión patriótica que se produjo en 1936 en las filas de estas culturas políticas (37).

(33) La primera interpretación, en ÁLVAREZ JUNCO (2001); ha sido discutida en VARELA SUANZES (2002); COLOM (2011); ROMEO (2011b); VILALLONGA (2012); ANDREU (2012); RAMÓN (2014); MILLÁN (en prensa). Una síntesis reciente sobre las diversas formas de concebir la nación de afrancesados, liberales y absolutistas en el primer tercio del siglo XIX, en RUBIO (2014).

(34) ARCHILÉS (2007): 131-144.

(35) FORCADELL (2009); GUERRA (2012). Una perspectiva amplia sobre el socialismo y la nación a lo largo de todo el siglo XX, en MARTÍN RAMOS (2012).

(36) SALOMÓN (2004), (2011) y (2012). Según Angel Smith, no obstante, esta relación habría tenido sus límites, SMITH (2007).

(37) NÚÑEZ SEIXAS (2006). También, NÚÑEZ SEIXAS y FARALDO (2009). Asimismo, estudios recientes ponen en duda el supuesto «olvido» de la nación española por el obrerismo español del antifranquismo y la transición democrática, ARCHILÉS (2009). Tampoco fue olvidada por las culturas políticas españolas que se vieron abocadas al exilio, DE HOYOS (2012). En los últimos años, el interés de los estudios se ha movido progresivamente hacia el siglo XX y, en buena medida, hacia el sistema democrático del último tercio de la centuria, cuya dimensión «nacional» había sido hasta ahora poco explorada. En todos estos trabajos se evidencia que la nación siguió

Con todo, lo que se viene a demostrar es que la «nación» fue un elemento clave en todas las culturas políticas españolas contemporáneas. No obstante, de lo que se trata no es solo de constatar dicho fenómeno, sino de conocer qué lugar ocupó en cada una de ellas. En este sentido, resulta necesario calibrar el diferente «peso» que tuvo la nación en las diversas culturas políticas contemporáneas (38). Por otro lado, se trata también de analizar cómo fue imaginada y utilizada por los diversos actores políticos. De hecho, la pugna que se libró por fijar y apropiarse del verdadero significado de la nación resultó clave en la propia definición de las diversas culturas políticas. No podía ser de otro modo, puesto que era la nación (entendida de muy diversas maneras) la que justificaba y legitimaba la acción política. Era en su nombre en el que esta se planteaba. De ahí la relevancia que tuvo la lucha por los símbolos, por la memoria o por imponer una determinada narrativa histórica o una determinada articulación territorial de la nación española. Estos tres ámbitos han sido ampliamente explorados por los estudiosos de la nación española en los últimos años. En un principio interesó principalmente de ellos hasta qué punto habían facilitado o dificultado el proceso de construcción nacional, en relación con el debate sobre la «tesis de la débil nacionalización» (39). En los últimos años, sin embargo, existe un consenso entre los especialistas en que la pugna y el disenso por la historia o por los símbolos fueron (y son) la norma en todos los procesos de construcción nacional, y en que la existencia de identidades locales o regionales fue compatible (o incluso contribuyó decisivamente) a la nacionalización española (40). Lo que interesa ahora es, más bien, reconstruir cómo aquellos espacios se convirtieron en campos de batalla entre diversas culturas políticas que pugnaban también por imponer y naturalizar su propio modelo de nación española.

Lo que ponen de manifiesto todos estos trabajos, pues, es la pluralidad de formas de pensar la nación española y la diversidad de proyectos políticos aso-

desempeñando un papel fundamental en las diversas culturas políticas españolas democráticas; BALFOUR y QUIROGA (2007); BOTTI (2007); NÚÑEZ SEIXAS (2010); DELGADO (2014).

(38) Lo que nos ayudará también a explicar, por ejemplo, transformaciones y tránsitos políticos que no parecen encajar en modelos explicativos que parten de concepciones de «clase» y de «nación» demasiado rígidas y que las consideran supuestamente excluyentes; véase, a este respecto, FORTI (2014).

(39) Una genealogía y discusión de dicho debate, en ARCHILÉS (2011).

(40) Los trabajos que han abordado en los últimos años cada una de estas cuestiones son muy numerosos. Sin ánimo de exhaustividad pueden destacarse, en relación con la relación entre identidades locales, regionales y nacionales, FRADERA (1992); ARCHILÉS y MARTÍ (2001) y (2004); NÚÑEZ SEIXAS (2001); MOLINA (2005); NÚÑEZ SEIXAS (2006); FORCADELL y ROMEO (2006); SEGARRA (2007); ESTEBAN y DE LA CALLE (2010); STORM (2010). A la disputa por la memoria y los símbolos nacionales se le han dedicado también muchos estudios, entre ellos, SERRANO (1999); MICHONNEAU (2002); DEMANGE (2004); HUMLEBAEK (2004); MORENO LUZÓN (2004) y (2007); MICHONNEAU y otros (2007); BOX (2010); MORENO LUZÓN y NÚÑEZ SEIXAS (2014). Respecto a la disputa entre las diversas fuerzas políticas por fijar la «verdadera» historia nacional, puede consultarse, por todos, el reciente trabajo colectivo dirigido por ÁLVAREZ JUNCO (2013).

ciados a ellas (41). En este sentido, el estudio de la nación desde la perspectiva de las culturas políticas ha permitido discutir la idea de la existencia de dos grandes narrativas fundamentales sobre la nación española (la liberal-republicana y la nacionalcatólica). En el fondo, esta interpretación no deja de recordar el relato de las «dos Españas». Aunque es evidente que se pueden trazar vínculos, influencias y conexiones entre las diversas culturas políticas españolas contemporáneas, en ocasiones se las ha querido adscribir de una forma un tanto abusiva a una u otra de estas dos grandes narrativas. No hubo dos, sino múltiples formas de concebir la nación española.

En este sentido, diversos autores han señalado la gran multiplicidad de proyectos nacionales existentes en los liberalismos decimonónicos. M.^a Cruz Romeo ha perfilado en numerosos trabajos cómo fue pensada y convocada la nación por parte de las diversas familias liberales, especialmente la progresista. Esta autora ha puesto de manifiesto de qué modo las formas de imaginar la nación fueron determinantes a la hora de señalar los límites de la representación política o de configurar un horizonte político de integración progresiva de las clases subalternas, ha subrayado los vínculos entre una determinada concepción del pasado nacional y sus propuestas de organización política y territorial y ha insistido en que las prácticas simbólicas nacionales fueron decisivas en la conformación de las propias culturas políticas liberales (42). Por otro lado, disponemos también de algunos trabajos sobre el moderantismo, sobre todo del conservadurismo catalán y del fuerismo vasco (43). Asimismo, han aumentado considerablemente los estudios que analizan el peso y el significado de la nación en las diversas culturas políticas republicanas, al tiempo que lo hacía el interés dedicado a estas en su conjunto. A los trabajos clásicos de Andrés de Blas sobre la idea de nación en la tradición republicana y de José Álvarez Junco sobre el republicanismo españolista de la Restauración, se han añadido otros muchos que, entre otras cosas, han puesto en entredicho la supuesta asociación de esta corriente política con un patriotismo cívico ajeno al nacionalismo (44).

(41) Algunos trabajos colectivos se han planteado precisamente con la voluntad explícita de demostrar esta diversidad, FORCADELL, SAZ y SALOMÓN (2009); MORENO LUZÓN (2011).

(42) Además de las obras ya citadas de esta autora, véanse ROMEO (2003), (2005) y (2011). También sobre el progresismo, SEGARRA (2006); BURDIEL (2013); ZURITA (2014).

(43) FRADERA (1993); RUBIO (2003). Una visión de conjunto sobre las diversas concepciones de nación en las culturas políticas catalanas de la revolución liberal, en BARNOSELL (2004).

(44) Estas interpretaciones, que derivan de la supuesta existencia de dos modelos de nación, la étnica (cultural y esencialista) y la cívica (política y voluntarista) tienen su origen en las formulaciones teóricas de Hans Kohn y han sido recuperadas últimamente, entre otros, por Maurizio Viroli. La historiografía sobre el nacionalismo, no obstante, hace ya tiempo que las ha rebatido, BRUBAKER (2000); KUZIO (2002). Sobre la nación en las primeras culturas políticas republicanas, véanse GARCÍA BALAÑA (2006), DUARTE (2011) y ANDREU (2011). Para el Sexenio y la Restauración, MOLINA (2006); DE DIEGO (2008); BERAMENDI (2012); GABRIEL (2013). Respecto a las primeras décadas del siglo XX, interesan, especialmente, HOLGUÍN (2003); SALOMÓN (2009) y (2013); DUARTE (2013).

La aplicación del concepto de cultura política también ha servido para poner de manifiesto la gran pluralidad de formas de concebir España desde las derechas, como ya he destacado en relación con el antiliberalismo decimonónico. Para el análisis del franquismo fue decisiva la publicación en 2003 de *España contra España*, de Ismael Saz. Hasta entonces, si bien el nacionalismo del régimen se daba por supuesto, no existían estudios en profundidad del mismo y, en general, era asociado sin más a la tradición política del nacionalcatolicismo, bien conocida desde los años noventa gracias a los estudios de Alfonso Botti. El trabajo de Saz ha permitido desgranar de qué modo convivieron bajo el franquismo dos grandes culturas políticas (la fascista y la nacionalcatólica) que pueden ser consideradas propiamente nacionalistas, puesto que otorgaron a la nación un lugar preeminente en sus proyectos y narrativas políticas, y cuyos orígenes se remontarían a la crisis de fin de siglo. Este autor ha puesto de relieve además que ambas culturas políticas partían de concepciones y proyectos de España distintos, que se disputaron la hegemonía a lo largo del régimen y que fueron transformándose a medida que lo hacía este (45).

Las reflexiones de Ismael Saz sobre los orígenes de las dos grandes culturas políticas nacionalistas españolas en la crisis de fin de siglo nos alerta de dos tendencias que considero peligrosas en el estudio de los nacionalismos españoles. La primera consiste en (re)construir grandes tradiciones de pensamiento político que supuestamente recorren toda la contemporaneidad y que casi determinan las formas diversas de imaginar la nación española. No se trata de negar sin más la existencia de tradiciones de este tipo, ni tampoco de no tener en cuenta que las culturas políticas tienen gran capacidad para arraigar en el tiempo. Ahora bien, debemos convenir en que estas siempre son articuladas por sujetos históricos que viven en contextos diferentes y cambiantes, y que las adaptan constantemente a nuevas situaciones. En este sentido, por ejemplo, no interesa tanto apuntar la presencia de la neoescolástica en los debates de 1812, como analizar su revisión y actualización bajo aquel nuevo escenario.

La segunda tendencia que deberíamos evitar es la que podríamos llamar «endogenista» y que consiste en considerar que para entender los nacionalismos *españoles* de una determinada época debemos centrarnos, fundamentalmente, en la evolución de los nacionalismos *españoles* anteriores. Así planteada, en esta perspectiva funciona una cierta ilusión nacionalista, la de considerar la nación (y el nacionalismo) como una entidad que iría desarrollándose cuasi de manera autónoma (y como al margen) del resto de naciones. Como ha demostrado Ismael Saz, para entender los nacionalismos españoles que se forjaron bajo el signo de la ansiedad regeneracionista, por ejemplo, puede ser más útil

(45) SAZ (2003), (2008b) y (2012). En los últimos años, otros trabajos han permitido profundizar aún más en los proyectos nacionalizadores de la derecha autoritaria española del siglo XX; véanse, entre otros, QUIROGA (2008); LOUZA (2013); MICHONNEAU y NÚÑEZ SEIXAS (2014).

girar los ojos hacia el contexto del pensamiento europeo del fin de siglo (y a la aparición en toda Europa de nuevas formas de entender la nación y de nuevos modelos de nacionalismo) que buscar sus orígenes en los debates gaditanos. O, en todo caso, lo que debería hacerse es atender a la manera en que fueron leídos aquellos debates (si lo fueron) en el marco de la crisis nacional y europea del fin de siglo.

De lo expuesto hasta ahora se deduce que las culturas políticas jugaron un papel destacado en el proceso de nacionalización de los españoles a lo largo de toda la época contemporánea (46). Al interpelar a los sujetos en tanto que miembros de una determinada comunidad cultural y política mediante una serie de narrativas nacionales en las que debían inscribirse, aquellos pudieron construir su propia posición como sujetos nacionales y actuar como tales. Esto ocurrió, especialmente, en aquellas culturas políticas que se dirigían constantemente al pueblo para movilizarlo, como el primer liberalismo, el progresismo, el republicanismo, el carlismo o el fascismo, pero también en las culturas políticas obreras nacidas en la segunda mitad del siglo XIX (47). No obstante, las culturas políticas que deseaban más bien evitar dicha movilización no dudaron tampoco en recorrer a la nación cuando lo creyeron conveniente (las guerras coloniales) ni dejaron de legitimar su acción y su representatividad política mediante un lenguaje político nacional que intentaron difundir y naturalizar desde el Estado o desde la esfera pública.

Por último, la «nación» funcionó como una categoría política fundamental para justificar o legitimar las posiciones o actuaciones de los actores políticos contemporáneos. Apelar a la nación y a su soberanía fue decisivo para demoler el edificio del Antiguo Régimen, para transformar las instituciones o para adoptar unas u otras medidas políticas o sociales desde las Cortes de Cádiz. Sin duda, el nacionalismo fue fundamental también en la movilización política que acompañó a toda la revolución liberal, así como para la contrarrevolución carlista o para el activismo republicano. No obstante, son pocos aún los estudios que han analizado de forma pormenorizada este fenómeno en circunstancias concretas, aunque contamos ya con algunos de ellos. La mayoría se han centrado en analizar las movilizaciones patrióticas vinculadas a determinados conflictos bélicos (48). Entre estos últimos puede destacarse el de Albert García Balaña quien ha señalado, por ejemplo, que el progresismo catalán articuló estratégicamente un discurso patriótico en torno a la Guerra de África del que obtendría importantes réditos. Más allá de la movilización bélica, y en relación también con el progresismo, Isabel Burdiel ha puesto de relieve que en la coyuntura crítica de

(46) En este sentido véanse para la España liberal y para la Restauración, respectivamente, ROMEO (2004) y (2009), y ARCHILÉS y GARCÍA CARRIÓN (2012).

(47) Un análisis en este sentido que tiene en cuenta la importancia de las culturas políticas en la Barcelona de la revolución liberal, en ROCA (2013).

(48) ESTEBAN y DE LA CALLE (2010): 213-326; GABRIEL, POMÉS y FERNÁNDEZ GÓMEZ (2013): 176-262.

1854, la nación tuvo un peso transcendental en su apoyo a una cuestionada monarquía y, con ello, en la evolución futura de esta cultura política. Por su parte, Javier Moreno Luzón ha estudiado cómo la conmemoración en Zaragoza del centenario de la Guerra de la Independencia, en la que fueron movilizados en recuerdo de la patria muchísimos españoles, sirvió para facilitar el acercamiento entre las diversas fuerzas de la oposición y para fraguar la campaña del *bloque de las izquierdas*, que se dotó así de un potente altavoz (49).

4. CONCLUSIONES

En este texto he argumentado que las más recientes tendencias historiográficas apuntan hacia la necesidad de entender el nacionalismo como una formación discursiva, a concebir la nación como una categoría que se articula en cada momento y contexto concreto, y a pensar la identidad nacional como un fenómeno fundamentalmente narrativo. En relación con todo ello, ponen el acento en que el disenso y la disputa por definir, imponer y naturalizar los diversos proyectos nacionales son la norma, y no la excepción. Asimismo, he señalado que determinados conceptos procedentes de la nueva historia cultural de la política, como el de «cultura política», pueden resultar útiles para comprender dichos procesos.

En primer lugar, siguiendo el uso que le da Keith M. Baker, puede servir para estudiar de qué modo y por qué la nación se convirtió a lo largo de la edad contemporánea en una suerte de «matriz conceptual» desde la que se pensó, organizó y naturalizó el mundo, sin olvidar que tal resultado no estaba de ningún modo predeterminado, y que existieron siempre otros lenguajes y modelos alternativos. Por otro lado, el concepto de «cultura política» en tanto que conjunto de imaginarios, prácticas, representaciones y marcos simbólicos que explican las conductas e identidades políticas de los sujetos históricos en contextos determinados, nos permite entender y analizar la multitud de proyectos nacionales en pugna existentes en la España contemporánea. Los estudios publicados desde esta perspectiva en los últimos años, han permitido desgranar y perfilar los rasgos fundamentales de estos proyectos nacionales, y han servido para poner en duda una interpretación excesivamente dicotómica del nacionalismo español contemporáneo. Asimismo, y en tercer lugar, se ha puesto de manifiesto que la nación ocupó un lugar destacado (aunque claramente diferenciado) en todas las culturas políticas españolas contemporáneas, por lo que, sin duda, estas participaron de forma determinante en el proceso de nacionalización. Por último, algunos trabajos sugieren la necesidad de analizar de qué modo es articulada la nación en tanto que categoría, evitando la tentación de reificar su significado y recordando que, al fin y al cabo, son los sujetos histó-

(49) GARCÍA BALAÑA (2002); BURDIEL (2013); MORENO LUZÓN (2004a).

ricos quienes la dotan del mismo en cada contexto histórico concreto. El concepto de «cultura política», entendido como un mecanismo que permite a los sujetos históricos dotar de sentido el mundo en el que viven, pero también como un lugar desde el que es posible repensarlo y transformarlo, puede resultar también útil en este sentido.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (2001): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- (2011): «Republicanismo radical y españolismo», en J. Moreno Luzón (ed.), *Izquierdas y nacionalismos*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, pp. 67-83.
- (coord.) (2013): *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons.
- ANDERSON, BENEDICT (2005) [1983]: *Comunitats imaginades. Reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, Catarroja y Valencia, Afers-Universitat de València.
- ANDREU, XAVIER (2011): «‘El pueblo y sus opresores’: populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848», *Historia y Política*, n.º 25, pp. 65-91.
- (2012): «La mujer católica y la regeneración de España: género, nación y modernidad en Fernán Caballero», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 42-2, pp. 17-35.
- ARCHILÉS, FERRAN (2007): «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c.1920)», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 127-151.
- (2009): «El ‘olvido’ de España. Izquierda y nacionalismo español en la Transición democrática: el caso del PCE», *Historia del presente*, n.º 14, pp. 103-122.
- (2011): «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en I. SAZ y F. ARCHILÉS (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 245-330.
- ARCHILÉS, FERRAN y MARTA GARCÍA CARRIÓN (2012): «En la sombra del Estado. Esfera pública nacional y homogeneización cultural en la España de la Restauración», *Historia Contemporánea*, n.º 45, pp. 483-518.
- ARCHILÉS, FERRAN y MANUEL MARTÍ (2001): «Ethnicity, region and nation: Valencian identity and the Spanish nation-state», *Ethnic and Racial Studies*, n.º 24-5, pp. 779-797.
- (2004): «La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola», *Afers*, n.º 48, pp. 265-308.
- BAKER, KEITH M. (1994): *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.

- (2006): «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, n.º 62, pp. 89-110.
- BALFOUR, SEBASTIAN y ALEJANDRO QUIROGA (2007): *España reinventada. Nación e identidad desde la Transición*, Barcelona, Península.
- BANTI, ALBERTO M. (2011): *Sublime madre nostra. La nazione italiana dal Risorgimento al fascismo*, Bari, Laterza.
- BARNOSELL, GENÍS (2004): *Consens i revolució. Poble i nació a la Barcelona de la Revolució Liberal, 1835-1843*, Barcelona. *Quaderns d'Història*, n.º 10, pp. 137-170.
- BERAMENDI, JUSTO (2012): «Republicanismo federal y nación española en el siglo XIX», en F. MARTÍN LÓPEZ y M. RUIZ GARCÍA (eds.), *El republicanismo de ayer a hoy. Culturas políticas y retos de futuro*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 71-92.
- BERGER, STEFAN (2005): «A Return to the National Paradigm? National History Writing in Germany, Italy, France and Britain from 1945 to the Present», *Journal of Modern History*, n.º 77-3, pp. 629-678.
- (2008): «Narrating the Nation: Historiography and Other Genres», en STEFAN BERGER, LINAS ERIKSONAS y ANDREY MYCOCK (eds.), *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, pp. 1-16.
- BERGER, STEFAN, LINAS ERIKSONAS y ANDREY MYCOCK (eds.) (2008): *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books.
- BERSTEIN, SERGE (2008): «Les cultures politiques», en B. PELLISTRANDI y J. F. SIRINELLI (eds.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 209-214.
- BHABHA, HOMI (2010) [1990]: «Introducción: Narrar la nación», en HOMI BHABHA (comp.), *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*, Madrid, Siglo XXI, pp. 11-19.
- BILLIG, MICHAEL (2006) [1995]: *Nacionalisme banal*, Catarroja y Valencia, Afers-Universitat de València.
- BOTTI, ALFONSO (2007): *Le patrie degli spagnoli. Spagna democratica e questioni nazionali (1975-2005)*, Milán, Bruno Mondadori.
- BOX, ZIRA (2010): *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- BRUBAKER, ROGERS (1996): *Nationalism reframed. Nationhood and the national question in the New Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2000): «Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo», en J. A. HALL (ed.), *Estado y nación: Ernst Gellner y la teoría del nacionalismo*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 252-396.
- BRUBAKER, ROGERS y FREDERICK COOPER (2000): «Beyond 'identity'», *Theory and Society*, n.º 29, pp. 1-49.
- BURDIÉL, ISABEL (2013): «Monarquía y nación en la cultura política progresista. La encrucijada de 1854», en E. GARCÍA MONERRIS, M. MORENO y J. I. MARCUELLO (eds.), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, València, Publicacions Universitat de València, pp. 213-232.

- (2014): «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer*, n.º 93, pp. 47-83.
- CABRERA, MIGUEL ÁNGEL (2010): «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en M. PÉREZ LEDESMA y M. SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 19-85.
- CALHOUN, CRAIG (2008) [1997]: *Nacionalisme, Catarroja y Valencia*, Afers-Universitat de València.
- CANAL, JORDI (2007): «Recaredo contra la revolución: el carlismo y la conmemoración del “XIII centenario de la Unidad Católica” (1889)», en C. P. BOYD (ed.), *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 249-269.
- CAPÍSTEGUI, FRANCISCO J. (2004): «La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española», en C. FORCADELL y otros (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 167-185.
- CHARTIER, ROGER (1994): «L’histoire entre récit et connaissance», *MLN*, n.º 109-4, pp. 583-600.
- COLOM, FRANCISCO (2011): «La imaginación política del tradicionalismo español», en A. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI (coord.), «Por Dios, por la Patria y el Rey». *Las ideas del carlismo. IV jornadas de estudio del carlismo (22-24 septiembre 2010. Estella)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, pp. 179-198.
- CRUZ, RAFAEL y MANUEL PÉREZ LEDESMA (eds.) (1997): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza.
- CULLER, JONATHAN y PHENG CHEAH (eds.) (2003): *Grounds of Comparison. Around the Work of Benedict Anderson*, Nueva York y Londres, Routledge.
- DAY, GRAHAM y ANDREW THOMPSON (2004): *Theorizing Nationalism*, Nueva York, Palgrave.
- DE BLAS, ANDRÉS y PEDRO C. GONZÁLEZ CUEVAS (2006): «El concepto de Nación en la España del siglo XX», *Claves de Razón Práctica*, n.º 163, pp. 8-16.
- DE DIEGO, JAVIER (2006): «El concepto de ‘cultura política’ en ciencia política y sus implicaciones para la historia», *Ayer*, n.º 61, pp. 233-266.
- (2008): *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- DE HOYOS, JORGE (2012): *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*, México y Santander, Universidad de Cantabria-El Colegio de México.
- DELGADO, LUISA ELENA (2014): *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011)*, Madrid, Siglo XXI.
- DEMANGE, CHRISTIAN: *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- DUARTE, ÁNGEL (2011): «Republicanismo unitario y republicanismo federal hasta 1873. Algunas consideraciones», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Izquierdas y nacionalismos*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, pp. 41-65.

- (2013): «La República, o España liberada de sí misma», en J. MORENO LUZÓN y X. M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA Editores, pp. 104-132.
- ELEY, GEOFF (2008): *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad*, València, Publicacions Universitat de València.
- ELEY, GEOFF y RONALD G. SUNY (1996): «Introduction: From the Moment of Social History to the Work of Cultural Representation», en G. ELEY y R. G. SUNY (eds.), *Becoming National. A Reader*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, pp. 3-37.
- ESTEBAN, MARIANO y M.^a DOLORES DE LA CALLE (eds.) (2010): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- FORCADELL, CARLOS (2009): «Los socialistas y la nación», en C. FORCADELL, I. SAZ y P. SALOMÓN (eds.), *Discursos de España en el siglo XX*, València, Publicacions Universitat de València, pp. 15-34.
- FORCADELL, CARLOS y M.^a CRUZ ROMEO (eds.) (2006): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- FORCADELL, CARLOS, ISMAEL SAZ y PILAR SALOMÓN (eds.) (2009): *Discursos de España en el siglo XX*, València, Publicacions Universitat de València.
- FORTI, STEVEN (2014): *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de Entreguerras*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.
- FRADERA, JOSEP MARIA (1992): *Cultura nacional en una societat dividida: patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)*, Barcelona, Curial.
- FUENTES, MAXIMILIANO (2009): *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Universitat de Lleida.
- FURET, FRANÇOIS (1980): *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel.
- FURET, FRANÇOIS y MONA OZOUF (1989): *Diccionario de la Revolución Francesa*, Madrid, Alianza.
- GABRIEL, PERE (2013): «Las naciones de los republicanos y la batalla de los símbolos en España», en M. SUÁREZ CORTINA y M. RIDOLFI (eds.), *El Estado y la nación: cuestión nacional, centralismo y federalismo en la Europa del Sur*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 179-212.
- GABRIEL, PERE, JORDI POMÉS y FRANCISCO FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.) (2013): «España *Res Publica*. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)», Granada, Comares.
- GARCÍA BALANÀ, ALBERT (2002): «Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-1860)», en E. MARTÍN CORRALES (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la guerra de África a la 'penetración pacífica'*, Barcelona, Bellaterra, pp. 13-77.
- (2006): «Clase, pueblo y patria en la España liberal: comunidades polisémicas y experiencias plebeyas en la Cataluña urbana, 1840-1870», en F. MOLINA (ed.), *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Bilbao, Universidad del País Vasco.

- GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO C. (2003): *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons.
- GUERRA, DANIEL (2012): *Socialismo y cuestión nacional en España (1876-1939)*, Madrid y Berlín, Editorial Académica Alemana.
- HALL, STUART (1996): «Who needs 'Identity'?»», en STUART HALL y PAUL DU GAY (eds.), *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, pp. 1-17.
- HOLGUÍN, SANDIE (2003): *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica.
- HUMLEBAEK, CARSTEN (2004): «La nación española conmemorada. La fiesta nacional en España después de Franco», *Iberoamericana*, n.º 13, pp. 87-99.
- JOYCE, PATRICK (1994): *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JULIÁ, SANTOS (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- KUZIO, TARAS (2002): «The Myth of the Civic State: A Critical Survey of Hans Kohn's Framework for Understanding Nationalism», *Ethnic and Racial Studies*, n.º 25-1, pp. 20-39.
- LOUZAO, JOSEBA (2013): «Nación y catolicismo en la España contemporánea. Revisitando una interrelación histórica», *Ayer*, n.º 90, pp. 65-89.
- MARTÍN RAMÓS, JOSÉ LUIS (2012): «La izquierda obrera y la cuestión nacional durante la dictadura» en I. SAZ y F. ARCHILÉS (eds.), *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, València, Publicacions de la Universitat de València, pp. 301-321.
- MICHONNEAU, STÉPHANE (2002): *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo.
- MICHONNEAU, STÉPHANE y XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.) (2014): *Imaginario y representaciones de España durante el franquismo*, Madrid, Casa de Velázquez.
- MICHONNEAU, STÉPHANE y otros (eds.) (2007): *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez.
- MILLÁN, JESÚS (en prensa): «La nación desde el antiliberalismo. Patria y monarquía en Lluís M. de Moixó», *Alcores*.
- MOLINA, FERNANDO (2005): *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- (2006): «La nación 'con honra' en el Sexenio revolucionario», *Claves de razón práctica*, n.º 166, pp. 48-53
- MORALES, ANTONIO, JUAN PABLO FUSI y ANDRÉS DE BLAS (dirs.) (2013): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- MORENO LUZÓN, JAVIER (2003): «Memoria de la nación liberal. El primer centenario de las Cortes de Cádiz», *Ayer*, n.º 52, pp. 207-235.
- (2004): «Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia», *Historia y Política*, n.º 11, pp. 41-78.
- (2007): «Mitos de la España inmortal. Conmemoraciones y nacionalismo español en el siglo XX», *Claves de razón práctica*, n.º 174, pp. 27-36.

- (coord.) (2004): *Nacionalismo español: las políticas de la memoria*, monográfico de *Historia y Política*, n.º 11.
- (ed.) (2011): *Izquierdas y nacionalismos*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- MORENO LUZÓN, JAVIER y XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.) (2013): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA Editores.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M. (2001): «The Region as *Essence* of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936)», *European History Quarterly*, n.º 31-4, pp. 483-518.
- (2006): *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons.
- (2010): *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- (ed.) (2006): *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*, monográfico de *Ayer*, n.º 64.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M. y JOSÉ M^a FARALDO (2009): «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», *Nationalities papers*, n.º 37-4, pp. 401-424.
- ÖZKIRIMLI, Umut (2010): *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, Nueva York, Palgrave.
- PALTI, ELÍAS JOSÉ (1998): *«Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- (2002): *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PEIRÓ, IGNACIO (2010): «*Cultura nacional y patriotismo español: Culturas políticas, políticas del pasado e historiografía en la España contemporánea*», en M. PÉREZ LEDESMA y MARÍA SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 331-365.
- PÉREZ LEDESMA, MANUEL y MARÍA SIERRA (eds.) (2010): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- POCOCK, JOHN G. A. (1971): «Languages and Their Implications», en *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History*, Nueva York, Atheneum, pp. 3-41.
- (1995): «Introduction: the state of the art», en *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-34.
- PORTELLO, JOSÉ MARÍA (2000): *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- (2007): «De la monarquía católica a la nación de los católicos», *Historia y Política*, n.º 17, pp. 17-35.
- PRO, JUAN: «Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas», en M. PÉREZ LEDESMA y M. SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 205-231.

- QUIJADA, MÓNICA (2008): «Sobre ‘nación’, ‘pueblo’, ‘soberanía’ y otros ejes de la modernidad en el mundo hispánico», en J. E. RODRÍGUEZ (coord.), *Las nuevas naciones: España y México 1800-1850*, Madrid, Fundación Mapfre, pp. 19-51.
- QUIROGA, ALEJANDRO (2008): *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- RAMÓN, FRANCISCO J. (2014): *La Virgen del Pilar dice...: usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ROCA, JORDI (2013): «Las plazas y la representación de la nación liberal, Barcelona 1820-1857», en P. GABRIEL, J. POMÉS y F. FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *España Res Publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, pp. 11-23.
- ROMEO, M^a CRUZ (2003): «Héroes y nación en el liberalismo progresista», en J. L. OLLERO (comp.), *Sagasta y el liberalismo progresista en España*, Logroño, Cultural Rioja, pp. 35-49.
- (2004): «Discursos de nació i discursos de ciutadania al liberalisme del segle XIX», *Afers*, n.º 48, pp. 309-326.
- (2005): «De patricios y nación. Los valores de la política liberal en la España de mediados del siglo XIX», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 35-1, pp. 119-141.
- (2006): «La tradición progresista: historia revolucionaria, historia nacional», en M. SUÁREZ CORTINA (coord.), *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 81-114.
- (2009): «¿Y éstos en medio de la nación son por ventura esclavos? Liberalismo, nación y pueblo», *Alcores*, n.º 7, pp. 13-37.
- (2011a): «‘Nuestra antigua legislación constitucional’, ¿modelo para los liberales de 1808-1814?», en P. RÚJULA y J. CANAL (eds.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 75-104.
- (2011b): «‘¿Qué es ser neocatólico?’ La crítica antiliberal de Aparisi y Gujarrro», en Á. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI (coord.), «*Por Dios, por la Patria y el Rey*». *Las ideas del carlismo. IV jornadas de estudio del carlismo (22-24 septiembre 2010. Estella)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, pp. 129-163.
- (2011c): «Memoria y política en el liberalismo progresista: la nación de la libertad», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Izquierdas y nacionalismos*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, pp. 11-39.
- e ISABEL BURDIÉL (1998): «Old and New Liberalism: the making of the liberal revolution, 1808-1840», *Bulletin of Hispanic Studies*, n.º 75-5, pp. 65-80.
- y MARÍA SIERRA (coords.) (2014): *Las culturas políticas de la España liberal (1833-1874)*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ROSANVALLON, PIERRE (2003): *Por una historia conceptual de lo político*, México, Fondo de Cultura Económica.
- RUBIO, CORO (2003): *La identidad vasca en el siglo XIX. Discursos y agentes sociales*, Madrid, Biblioteca Nueva.

- (2014): «Patria y nación», en M. Á. CABRERA y J. PRO (coords.), *La creación de las culturas políticas modernas. 1808-1833*, Zaragoza, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 97-125.
- SALOMÓN, PILAR (2004): «Anarquisme i identitat nacional espanyola a l'inici del segle XX», *Afers*, n.º 48, pp. 369-382.
- (2009): «Republicanism e identidad nacional española: la República como ideal integrador y salvífico de la nación», en C. FORCADELL, I. SAZ y P. SALOMÓN (eds.), *Discursos de España en el siglo XX*, València, Publicacions Universitat de València, pp. 35-64.
- (2011): «Internacionalismo y nación en el anarquismo español anterior a 1914», en I. SAZ y F. ARCHILÉS (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 137-168.
- (2012): «Construir identidad nacional española desde la prensa republicana de izquierdas: *La Tierra*», en I. SAZ y F. ARCHILÉS (eds.), *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, València, Publicacions Universitat de València, pp. 39-54.
- (2013): «Republicanizar la patria o españolizar la República: cómo construir la nación española desde la izquierda republicana (1931-1936)» en F. ARCHILÉS, M. GARCÍA CARRIÓN e I. SAZ (eds.), *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, València, Publicacions Universitat de València, pp. 225-248.
- SÁNCHEZ ILLÁN, JUAN CARLOS (2002): *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- SAZ, ISMAEL (2003): *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.
- (2008a): «La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del “nacionalismo español”», en BENOÎT PELLISTRANDI y JEAN-FRANÇOIS SIRINELLI (dirs.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 215-234
- (2008b): «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, n.º 71, pp. 153-174.
- (2010): «Las culturas políticas del nacionalismo español», en M. PÉREZ LEDEMA y M. SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 313-329.
- (2012): «Negativo y parasitario. El franquismo y la conmemoración de la nación española», en R. LÓPEZ FACAL y M. CABO (eds.), *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismo y procesos de nacionalización. Estudios en homenaje a Justo Beramendi*, Granada, Comares, pp. 247-259.
- SCOTT, JOAN W. (2006): «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad», *Ayer*, n.º 62, pp. 111-138.
- SEGARRA, JOSEP RAMÓN (2006): «Liberales y fueristas. El discurso ‘neofuerista’ y el proyecto liberal de nación española (1808-1868)», en C. FORCADELL y M. C. ROMEO (eds.), *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, pp. 73-99.

- SEGARRA, JOSEP MARIA (2007): «El reverso de la nación. ‘Provincialismo’ e ‘independencia’ durante la revolución liberal», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 59-82.
- SERRANO, CARLOS (1999): *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus.
- SEWELL, WILLIAM H. (2005): *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- SIERRA, MARÍA (2010): «La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación», en M. PÉREZ LEDESMA y M. SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 233-261.
- (2014): «‘Legisladores hereditarios’: la historia como naturaleza en la ley liberal», en M. C. ROMEO y M. SIERRA (coords.), *Las culturas políticas de la España liberal (1833-1874)*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 25-52.
- SIMAL, JUAN LUIS (2014): «El exilio en la génesis de la nación y del liberalismo (1776-1848): el enfoque transnacional», *Ayer*, n.º 94, pp. 23-48.
- SKINNER, QUENTIN (1969): «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, n.º 8, pp. 3-53.
- SMITH, ANGEL (2007): «Los anarquistas y anarcosindicalistas ante la cuestión nacional», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 141-156.
- SOMERS, MARGARET R. y GLORIA GIBSON (1994): «Reclaiming the epistemological other. Narrative and the social constitution of identity», en CRAIG CALHOUN (ed.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Cambridge (MA), Blackwell, pp. 37-99.
- STORM, ERIC (2001): *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2010): *The Culture of Regionalism. Art, architecture and international exhibitions in France, Germany and Spain, 1890-1939*, Manchester, Manchester University Press.
- UCELAY, ENRIQUE (2003): *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D’Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa.
- VARELA SUANZES, JOAQUÍN (2002): «Los dos nacionalismos españoles durante el siglo XIX (a propósito de *Mater dolorosa*)», *Revista Española de Derecho Constitucional*, n.º 65, pp. 359-379.
- VILALLONGA, BORJA (2012): «La nación católica: Balmes y la representación de España en el ochocientos», *Historia Social*, n.º 72, pp. 49-64.
- ZURITA, RAFAEL (2014): «El progresismo. Héroe e historia de la nación liberal», en M.^a C. ROMEO y M. SIERRA (coords.), *Las culturas políticas en la España liberal (1833-1874)*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 319-348.

